proclamaban bien alto en ella la esplendidez magnífica del noble señor que supo acumularlas. Con la ardiente inspiración de sus creencias, y con el fuego de un patriotismo acrisolado, meditaba y disponía una tan alta empresa, que ella hubiera vindicado contra el hereje todas las excelencias de la Iglesia Católica, y hubiera roto y deshecho al par las cadenas y los ardides que la perfidia forjaba ya sin rebozo para enemistar los Príncipes y esclavizar los pueblos.

No puedo ignorar, Señora, que en esta cátedra sólo deben pronunciarse palabras de caridad, de prudencia y mansedumbre cristianas; mas al tejer el elogio fúnebre de un caudillo español, y uno de los más grandes campeones del Catolicismo, es un deber tan sagrado enaltecer sus hechos como justificar la rectitud de sus propósitos. La nación que en más felices días se llamó «la Isla de los Santos,» vino siendo para España, desde que apostató de su fe, la Isla de nuestras desgracias; que sus corsarios apresaban nuestras embarcaciones; sus ejércitos sorprendían y saqueaban las ciudades indefensas de nuestros litorales; su diplomacia retenía, contra todos los fueros de la razón, sólo para vejación nuestra y para acecho de enemigos, ese pedazo de nuestras costas, por el que la hidalga España ha derramado tanta sangre, y de donde nos vinieron los helados vientos de la herejía, que si no lograrán nunca marchitar nuestras creencias, han quebrantado, al menos, nuestra unidad

religiosa. ¡Ay de mí! Hubiera vivido un año más el primer Marqués de Santa Cruz, y no se habrían multiplicado tanto naves que nunca sirvieron para socorrer á los débiles, ni las garras del sanguinario leopardo se hubieran clavado en tantas víctimas durante los tres últimos siglos. Dios no lo quiso, Señora; y al fijar nosotros la memoria en aquel varón fortísimo, que, herido por modo súbito de mano de la muerte, espira con inefable paz en brazos de la Religión, transfigurado el rostro por los resplandores de la gracia divina, hagamos sin vacilar lo que él nos enseñó á hacer; es decir, prosternémonos humildes ante los designios del Dios Omnipotente, seguros de que la Sabiduría infinita y la Justicia eterna harán un día sus manifestaciones salvadoras en la marcha y en los destinos del mundo.

Justo, muy justo será consagrar aquí un tributo de admiración y reconocimiento al gran Monarca que dió anchuroso espacio al genio de su fiel súbdito para que remontase su vuelo. Bazán compartió en todo tiempo con su Rey su fe y su gloria; y, para compartirlo todo, hasta compartió la calumnia. Si la malevolencia ha podido atribuir á ingratitudes de Felipe el fin temprano del héroe, ahí están, para confundir su trama, las afectuosas cartas que le dirigía el Soberano, fechadas en la antevíspera de su muerte; ahí están los honores y las mercedes que prodigó Felipe II á los entristecidos hijos de Bazán en memoria de los servicios

de tan ilustre padre; y aún pudiera añadirse que ahí está el género de muerte de Santa Cruz, sin relación alguna con los orígenes que la ignorancia ó la malignidad le han asignado. La luz á cuyo resplandor ha sido escrita por muchos la historia de Felipe II, no es luz de claro sol, sino cárdena y voraz llama, encendida por la envidia ó el odio de sus detractores; y yo no he de discutir con el biógrafo protestante ó con el crítico racionalista sobre el secreto de las intenciones del hijo de Carlos I. Si el historiador profano debe elevar mucho sus miras, el orador sagrado debe considerar en este sitio á la historia y á los hombres desde las atmósferas de la Religión, y desde las cúspides del amor á la patria. Hay ¿quién podrá no confesarlo? harta fe y harta virtud en aquel largo reinado, para que todo buen católico no se complazca en ensalzarlo y aplaudirlo; hay demasiadas victorias en aquellos ocho lustros, para que ellas no obliguen la gratitud y el amor de cualquier pueblo; hay en el alma privilegiada de Felipe tan patente grandeza y tan acendrado patriotismo, que ellos debían ser bastantes para atenuar sus faltas, si por acaso existieron, y para acallar todo juicio apasionado que ultraje su memoria. Lo que yo sé ciertamente, es que muy grandes Santos elogiaron con ilustrada sinceridad á Felipe II; y me inclino más bien á tenerle por buen Rey con Ignacio de Loyola y con Teresa de Jesús, que á acusarle y deprimirle con los enemigos más ó menos encubiertos de la Iglesia católica. Lo que sé con la misma certidumbre, es que aquel egregio Monarca dió á los fieles Pastores sapientísimos; á la ciencia, la Políglota de Amberes y la Nueva Recopilación; á su patria, los laureles de San Quintín: al mundo cristiano, la fecha de Lepanto; á las artes, la maravilla del Escorial; á los pobres, suntuosos hospitales; á la justicia, incorruptibles magistrados.

Lope de Vega Carpio, Señora, confiaba al Rey servido y á la patria honrada (1) el cuidado de eternizar el nombre de Bazán. Felipe II lo hizo cumplidamente; la patria lo hará del mismo modo en la sucesión de los siglos. Nosotros condensaremos ahora las glorias mil de la Cruz de tan insigne apellido y de la cruz de tan invencible espada, diciendo que todo concurrió en aquel hombre extraordinario para enaltecerle y para inmortalizarle, y para que él pudiera infundir en los otros el deseo de esos enaltecimientos y esa inmortalidad; el lustre de la ascendencia que honra, la intrepidez del ánimo que arrebata, la humildad del espíritu que cautiva, la ternura del corazón que socorre, la autoridad del labio que ordena, la energía de la voluntad que ejecuta, la elevación del alma que

(1) Dice así el epitafio que dedicó Lope de Vega al primer Marqués de Santa Cruz:

«Rey servido y patria honrada
Dirán mejor quién he sido,
Por la Cruz de mi apellido
Y por la cruz de mi espada.»

adora. Juntóse, sí, en aquel sér predilecto toda la suma de fe y de caridad que solió resplandecer en los caudillos elegidos de Dios, y por eso merece escuchar su alma estas palabras que son promesas sobrehumanas de una vocación honrosa, y coronamiento feliz de una gloriosa carrera: «Extenderé su mano sobre el mar, y su diestra sobre los ríos.» *Ponam in mari manum ejus, et in fluminibus dexteram ejus.* Y como esa estirpe, Señora, es estirpe de nobles generaciones, el título de Marqués de Santa Cruz no ha cesado jamás de dar honor á su patria; porque él continuó brillando en los fastos de la Armada española, y en nuestros ejércitos de tierra, y en la dirección de nuestras Academias literarias, y dentro del alcázar de nuestros Reyes, en el cual vemos hoy mismo, y casi veneramos, á un descendiente directo de D. Alvaro de Bazán, que es modelo de castellana hidalguía, uno de los más católicos y más leales caballeros de su tiempo.

¿Y qué os diré ahora á vosotros, marinos de mi patria, herederos y mantenedores del caudal de puras glorias que Bazán os legara? Yo no puedo hoy, en modo alguno, ni sería de este lugar acaso, hacer la historia embelesadora de nuestros famosos navegantes, pasmo y envidia de las naciones marítimas; pero no renunciaré sin pena á discurrir con algún detenimiento por los anales de nuestra marina militar, siquiera fuese desde que el Conde Pedro Martel llevó á las playas de Mallorca las

huestes conquistadoras de Jaime I, y Bonifaz ayudaba á realizar en las orillas del Betis las empresas de Fernando el Santo. España vivirá siempre agradecida á aquella Génova que nos prestó sus servicios y nos dió Almirantes expertos, desde Zacharías y Bocanegra, que vencían en Marruecos y en La Rochelle, hasta Juan Andrea Doria, uno de los atletas del Mar Jónico. Pero ya en los dos últimos siglos de la Edad Media no son menos bizarros ni menos inteligentes, entre nuestros compatriotas, los Marquet, los Sarriá, los Queralt, los Entenza, los Mayol, los Santa Pau; en el siglo XVI pasmaron á la Europa y al orbe, desde las costas de Galicia hasta Modón y Navarino, los Bazán, los Requesens, los Cardona, los Leiva, los Andrada, los Figueroa, los Carrillo, los Zapata, los Mendoza; y después, en las costas de Portugal, y en las Terceras, formados casi todos por la enseñanza y el ejemplo del Marqués de Santa Cruz, los Villaviciosa, los Recalde, los Pérez de Herrera y los Eraso. Todavía en el primer tercio del siglo XVII, en los comienzos ya de nuestra decadencia, se ve lucir, como astro de primera magnitud, á aquel Antonio de Oquendo, debelador de moros y de holandeses, recordado y enaltecido há poco por nuestros Reyes en su propio suelo, y que pudo contemplar en su juventud los cercanos fulgores de la nombradía de Bazán. Y al cabo de algunos lustros, florece el inolvidable Patiño, que, casi sin recursos, logra regenerar nuestra marina;

y le suceden Jorge Juan y Ulloa, colosos de la ciencia náutica; y Barceló, que vuelve á hacer temible nuestra bandera contra los argelinos, y frente á Gibraltar, el *Peñón* de nuestras pesadillas; y Lángara, generoso y magnánimo en el puerto de Tolón, y siempre celosísimo del buen nombre de su patria. Y cuando se realiza aquella alianza odiosa con un pueblo regicida, y llega el día de luto y de llanto de Trafalgar, allí vemos, entre nuestros navíos que se sumergen ó se incendian, los tipos admirables del valor más heróico; un Gravina, que intenta imitar las acciones de Bazán en Lepanto, pero que, menos afortunado que él, sucumbe en el combate, con tanta ó con mayor gloria que el vencedor mismo; un Álava, que al sobrevivir á la catástrofe por un rasgo de valor fabuloso, nos parece un guerrero de ultratumba; un Galiano y un Churruca, que tienen en aquel teatro su sepulcro; y en esa generación famosa se contará todavía un Ruiz de Apodaca, que en la bahía de Cádiz sabe vengar á los españoles de la alevosía extranjera, y recoge después lauros de guerra y bendiciones de paz, lo mismo en el Viejo que en el Nuevo Mundo. Y de toda esta raza privilegiada descienden, finalmente, los serenos capitanes que en los mares del Pacífico, y delante del Callao, antigua morada de los Incas, castigan al peruano orgulloso y al inquieto chileno, pueblos olvidadizos é ingratos que osaron insultar el pabellón de su antigua madre la España.

¡España, España! ¡Quién pudiera formar de todos estos timbres un haz inmenso de luz para alumbrar tus futuros destinos! Tú, vencedora de aquellos héroes legendarios que se llamaron Rolando y Bayard; tú, tan temida hace tres siglos, de los más potentes imperios, y que aún en esta centuria, al amparo de tu religión y con tu valor indomable, eclipsaste la estrella del árbitro de la Europa, y renovaste después nuestras hazañas en el suelo africano; tú podrás ver con hondo sentimiento menguado tu poderío, pero tú no has caído nunca ni en las simas del error, ni en el fango de los vicios, ni en los abismos de la iniquidad, ni en el antro de la usurpación y la rapiña, y jamás te mirará el mundo ni envilecida ni degradada. Dícenos á todos la esperanza, esa virgen ideal del Cristianismo, que se nos representa apoyada en el áncora de una nave, fijos en el Cielo sus ojos, y teniendo en su mano una antorcha encendida, dícenos la esperanza que comienza para el pueblo español una nueva era de prestigio y poder: que la nación que celebra con tan vehemente entusiasmo los centenarios de sus mayores glorias: centenarios de la religión, en Teresa de Jesús; centenarios de la poesía y de la ciencia, en Calderón y Marcenado; centenarios de militares triunfos, en Bazán el invicto; la nación cuyos ejércitos conservan con más veneración que nunca al sacerdote que les muestra á Dios y á la Hermana de la Caridad que les señala el Cielo; la nación que abri-

ga el propósito inquebrantable, aclamado en sus Parlamentos, de restaurar su Armada, sin perdonar desvelo ni sacrificio; la nación que hoy mismo lleva á Roma la vivísima llama de su amor y de su fe, ya que no puede llevar el pensamiento piadoso de Constantino ó las fervorosas huestes de los antiguos Cruzados; esa nación, repito, no puede menos de confiar tranquila en la próxima realidad de la renovación de sus grandezas. ¡España, patria mía! Si para reverdecer tus antiguos inmarcesibles laureles; si para devolverte aquel engrandecimiento, aquel influjo decisivo un día en los destinos de la Europa, pudiera bastar un holocausto humilde, yo te daría gustoso todas las notas de mi palabra, todos los signos de mi pluma, todas las preces de mis vigilias y toda la sangre de mis venas.

Un momento no más y termino, Señora, mi oración. ¡Cuánto hubiera podido gozar hoy con este imponente cuadro, ante tantos victoriosos trofeos, el amadísimo Rey que hemos tan prematuramente perdido; aquel excelso Príncipe, tan sumiso para creer, tan sereno para combatir, tan discreto para entender, tan noble para perdonar; aquel Alfonso XII, que en el hogar era un niño, en el consejo un anciano, entre las potestades de la Europa un gigante; Rey que ha dejado el corazón de su viuda sumido en perpetua soledad y en tristeza sin límites, y cuya pérdida hubiera sido de cierto hora de muerte para la patria, á no habernos dejado en vos, Señora, el trasunto de su genio,

la mantenedora de su causa, el ángel tutelar de los hijos que le disteis, el corazón magnánimo que sabe atesorar á un tiempo dulzura, fortaleza, rectitud, esplendidez, abnegación y heroísmo, para suavísimo consuelo de la enlutada España!

Desde este sitio, Señora, los grandes oradores sagrados solieron decir verdades saludables á los Monarcas de la tierra, para su edificación y consejo; pero ni yo tengo parecido alguno con ellos, ni la Iglesia ni el mundo ven, por fortuna, sombras en el cielo de vuestra existencia, como no sea la sombra de los dolores, soportados con toda la grandeza de la resignación cristiana. Yo nada tengo que expresaros, sino que todos os amamos y bendecimos, y que hacemos nuestras, con fruiciones dulcísimas, con gratitud inefable, las sinceras, las benditas, las conmovedoras palabras que, en el santo gozo de su Jubileo Sacerdotal, se ha servido decir de vos el inspirado León XIII, el Pontífice-Rey, Vicario de Jesucristo en la tierra.

¡Y tú, Álvaro de Bazán, primer Marqués de Santa Cruz, varón de eterna fama y de singulares virtudes! ¡Si estás, según consoladoramente creemos, en presencia del Omnipotente, por cuya fe combatiste y en cuyo amor espiraste, ruégale hoy por que nuestra patria sea grande, y felices nuestros Reyes, y piadosos nuestros guerreros, y colmados de bienestar y de ventura todos los moradores de este suelo de España! Mas por si, en los juicios adorables de la Providencia de Dios, y en

la duración misteriosa de las expiaciones concedidas por el Amor Eterno, te hallaras todavía en los senos de la Iglesia paciente, donde las almas se purifican, nosotros elevaremos al Señor un fervoroso sufragio, á fin de que en este día se digne recibirte y coronarte en las mansiones de la Jerusalem celeste.—*Requiescat in pace.*

ORACIÓN FÚNEBRE

DE

S. M. EL REY D. ALFONSO XII DE BORBON

(Q. S. G. H.)

PRONUNCIADA

EN LA REAL CAPILLA DE PALACIO

EL 24 DE NOVIEMBRE DE 1888.